

Esta obra fue regalada a la Biblioteca
 por el Sr. Coronel Juanes R. de Artés.
 Julio 21. de 1887.



Parros
 0318
 1852
 v.1



BIBLIOTECA PUBLICA
 DEL ESTADO DE NUEVO LEON



LOS MARTIRES
 ó EL TRIUNFO
DE LA RELIGION CRISTIANA.
 POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO. Invocacion. Esposicion. Diocleciano empuña las riendas del imperio romano. Bajo el gobierno de este príncipe, los templos del verdadero Dios empiezan a disputar el incienso a los templos de los idolos. Prepara el infierno a dar la última batalla para derribar los altares del Hijo del Hombre. El Eterno permite a los demonios que susciten persecuciones contra la Iglesia, para someter a prueba la fe de los fieles, quienes saldrán victoriosos de esta prueba; el estandarte de la salvacion será colocado sobre el trono del universo, y el mundo deberá esta victoria a dos victimas escogidas por Dios. ¿Quiénes son estas victimas? Apóstrofe a la Musa que las dará a conocer. Familia de Homero. Demodoco, último descendiente de los Homéridas, sacerdote de Homero, en el templo de este poeta, situado sobre el monte Itomo, en la Mesenia. Descripción de este país. Demodoco consagra al culto de las Musas a su hija única, Cimodocea, para sustraerla a las persecuciones de Hierocles, procónsul de Acaya y favorito de Galerio. Cimodocea asiste acompañada de su nodriza a la fiesta de Diana-Limnátide; estraviase en el camino y encuentra a un joven dormido a la margen de una fuente. Eudoro acompaña a Cimodocea a casa de Demodoco. Demodoco parte con su hija para ofrecer presentes a Eudoro y tributar gracias a la familia de Lastenes.

Quiero contar los combates de los cristianos y la victoria alcanzada por los fieles sobre los espíritus del abismo, merced a los gloriosos esfuerzos de dos esposos mártires.
 ¡Musa celestial! tú que inspirastes al poeta de Sorrento y al ciego de Albion; tú que colocas tu solitario trono sobre la cima del Tabor; que te complaces en los pensamientos severos, en las meditaciones graves y sublimes: ahora imploro tu auxilio. Enséñame

sobre el harpa de David los cantos que debo hacer resonar; da principalmente a mis ojos algunas de aquellas lágrimas que Jeremías derramaba por los infortunios de Sion; ¡voy a decir los dolores de la Iglesia perseguida!
 Y tú, virgen del Pindo, hija ingeniosa de la Grecia, baja a tu vez de la cima del Helicon; no desecharé las guirnaldas con que cubres los sepulcros, ¡oh risueña divinidad de la Fábula; tú que ni aun de la muerte y de la desgracia has podido hacer una cosa seria! Ven, Musa de las ficciones, ven a luchar con la Musa de las verdades. En otro tiempo hicieron sufrir a esta, en tu nombre; males, crueles adorna hoy su triunfo con tu derrota, y confiesa que era mas digna que tú de reinar sobre la lira.
 La Iglesia de Jesucristo habia visto nueve veces a los espíritus del abismo conjurados contra ella, y nueve veces habíase librado del naufragio esta nave que jamás perecerá. La tierra descansaba en el seno de la paz, y Diocleciano regia con esperta mano el cetro del mundo. A la sombra de la proteccion de este gran príncipe, los cristianos disfrutaban de una tranquilidad desconocida para ellos hasta entonces. Los altares del verdadero Dios empezaban a disputar el incienso a los altares de los idolos, y el rebaño de los fieles se aumentaba diariamente; los honores, las riquezas y la gloria no eran ya el patrimonio exclusivo de los adoradores de Júpiter; y el infierno amenazado de perder su imperio, quiso detener el curso de las victorias celestiales. El Eterno, que veia debilitarse en las prosperidades las virtudes de los cristianos, permitió a los demonios que suscitasen una nueva persecucion; empero en esta última y terrible prueba, la cruz debia ser al fin colocada sobre el trono

del universo, pulverizados los templos de los falsos dioses.

¿De qué manera el antiguo enemigo del género humano hizo servir á sus proyectos las pasiones de los hombres, y especialmente la ambición y el amor? ¡Musa! dignate revelármelo. Antes, empero, dame á conocer á la virgen inocente y al penitente ilustre que brillaron en aquel día de triunfo y de luto: la una fue escogida por el cielo entre los ídólatras, y el otro entre el pueblo fiel, para servir de víctimas expiatorias á cristanos y á gentiles.

Demodoco era el último vástago de aquellas familias Homéricas que habitaban en otro tiempo la isla de Chio, y se consideraban descendientes de Homero. Sus padres le habían unido en su juventud á la hija de Cleóbulo de Creta, Epicaris, la mas hermosa de las vírgenes que bailaban sobre los floridos céspedes al pie del monte Taleo, caro á Mercurio. Había acompañado á su esposa á Gortines, ciudad construida por el hijo de Radamanto en las orillas del Leteo, no distante del plátano que brindó protectora sombra á los amores de Europa y de Júpiter. Cuando la luna hubo iluminado nueve veces las cavernas de los Dáctilos, Epicaris fue á visitar sus rebaños al monte Ida. Asaltada de improviso de los dolores maternales, dió á luz á Cimodocea en el bosque sagrado donde los tres ancianos de Platon se sentaron para discursar acerca de las leyes; y los augures declararon que la hija de Demodoco seria famosa por su sabiduría.

Poco despues, Epicaris dejó de existir. Entonces Demodoco vió con dolor las aguas del Leteo, y todo su consuelo se cifraba en acariciar sobre sus rodillas al único fruto de su himeneo, y en mirar, sonriendo y llorando á la vez, aquel astro brillante que le recordaba la belleza de Epicaris.

Los habitantes de la Mesenia hacian construir á la sazón un templo á Homero, por lo cual propusieron á Demodoco que fuese su gran sacerdote. Demodoco aceptó con júbilo su ofrecimiento, pues le era grato abandonar una mansion que la cólera de los cielos le habia hecho insostenible. Hizo, pues, un sacrificio á los manes de su esposa, á los rios hijos de Júpiter, á las ninfas hospitalarias del Ida y á las deidades protectoras de Gortines, y partió con su hija, llevando consigo sus penates y una pequeña estatua de Homero. Impelido por un viento próspero, su bajel descubrió en breve el promontorio de Ténaro, y siguiendo las costas de Oétilos, de Tálamos y Leuctres fué á anclar á la sombra del bosque de Corio. Los mesenianos, pueblo aleccionado por la adversidad, recibieron á Demodoco como al descendiente de un dios, y le condujeron en triunfo al santuario consagrado á su divino abuelo.

Veíase allí al poeta representado bajo la figura de un caudaloso rio, al cual llegaban otros rios para llenar sus urnas. El templo dominaba la ciudad de Epaminondas, y hallábase edificado en un antiguo bosque de olivos, sobre el monte Itomo, que descuella magistrosamente en medio de los campos de la Mesenia. El oráculo habia decretado se abriesen los cimientos del templo en el mismo lugar que Aristómenes eligiera para enterrar la urna de bronce de que pendían los destinos de su patria. La vista se dilataba á lo lejos sobre espaciosas campiñas, plantadas de altos cipreses, cortadas por amenas colinas y regadas por las aguas del Amfiso, del Pamiso y del Balira, en que el ciego Tamiris dejó caer su lira. La adelfa y el arbusto predilecto de Juno bordaban por todas partes las márgenes de los torrentes y el curso de los manantiales y fuentes. Con frecuencia, á falta de las aguas, estos perfumados bosquecillos dibujaban en los valles unos como arroyos de flores, y reemplazaban la frescura de las aguas con la grata frescura de su sombra. Las ciudades y los monumentos artísticos se mostraban esparcidos aquí y acullá por

todo el cuadro campestre: Andamies, testigo de las lágrimas de Mérope; Tricca, que vió nacer á Esculapio; Gerenia, que conserva el sepulcro de Macaon; Feres, donde el prudente Ulises recibió de mano de Ifito el arco fatal á los amantes de Penélope, y Estenídaro que resuena con los cantos de Tirteo. Este encantador pais, sometido en otro tiempo al cetro del anciano Neleo, presentaba de esta suerte desde el vértice del Itomo y del peristilo del templo de Homero un canastillo de frondosidad de mas de ochocientos estadios de circunferencia. Entre el Poniente y el Mediodia, el mar de Mesenia formaba una brillante barrera, al Oriente y al Septentrion, y las cumbres del Liceo y las montañas de la Elida denotaban con delicia las miradas. Este horizonte, único en la tierra, reproducía el triple recuerdo de la vida guerrera, de las costumbres pastoriles y de las fiestas de un pueblo que contaba las desgracias de su historia por las épocas de sus placeres.

Quince años habian trascurrido desde la dedicación del templo. Demodoco vivia tranquilamente retirado en el altar de Homero; su hija Cimodocea crecia á sus ojos como el tierno olivo que el jardinero cultiva con vigilante esmero á la orilla de una fuente, objeto del amor del cielo y de la tierra. Nada hubiese bastado á turbar la alegría de Demodoco, si hubiera logrado hallar para su hija un esposo que la tratase con todo género de afectuosos desvelos, despues de llevarla á una casa colmada de riquezas, pero nadie se atrevia á presentarse como yerno, porque Cimodocea habia tenido la desgracia de inspirar amor á Hierocles, prócónsul de Acaya y favorito de Galerio. Hierocles habia pedido á Cimodocea por esposa; pero la jóven meseniana suplicara á su padre no la entregase á este romano impío, cuya sola mirada la hacia estremecer. Demodoco cedió fácilmente á los ruegos de su hija, pues no podia confiar la suerte de Cimodocea á un bárbaro sobre quien recaian sospechas de muchos crímenes, y que con sus inhumanos tratamientos habia precipitado en el sepulcro á su primera esposa.

Esta negativa hirió el orgullo del prócónsul y contribuyó á exasperar su pasión; por lo cual resolvió emplear, para apoderarse de su presa, todos los recursos que proporciona el poder unido á la perversidad. Deseando Demodoco sustraer su hija al amor de Hierocles, la habia consagrado á las Musas: instruiala en todos los usos de los sacrificios; le enseñaba á escoger la ternera sin mancha; á cortar el pelo en la frente de los toros y arrojarlo al fuego; á esparcir la cebada sagrada; y la aleccionaba sobre todo en el manejo de la lira, suprema delicia de los desventurados mortales. Sentado muchas veces con esta hija querida en la cima de un elevado peñasco bañado por el mar, cantaban algunos fragmentos escogidos de la *Iliada* y de la *Odisea*: la ternura de Andrómaca; la sabiduría de Penélope; la modestia de Nausicaa; decian los males que constituyen el triste patrimonio de los hijos de la tierra: á Agamenon sacrificado por su esposa; á Ulises pidiendo limosna á la puerta de su palacio; lloraban la triste suerte del que espira lejos de su patria, sin haber vuelto á ver el humo de los hogares paternos; y tambien se compadecian de vosotros, jóvenes que guardabais los rebaños de los reyes vuestros padres, y á quienes tan inocente ocupacion no puedo salvar de las terribles manos de Aquiles!

Alimentada con los mas hermosos recuerdos de la antigüedad en la docta familiaridad de las Musas, Cimodocea ostentaba cada dia nuevos encantos. Demodoco, consumado en la sabiduría, procuraba templanza esta educación enteramente divina, inspirando á su hija la afición á una amable sencillez. Erale grato verla abandonar su laud para ir á llenar una urna á la fuente, ó lavar los velos del templo en la corriente de un rio. En los opacos dias del invierno, cuando

arrimada á una columna hacia girar sus husos al resplandor de resplandeciente llama, le decia:

«Cimodocea! he procurado desde tu tierna niñez enriquecerte con las virtudes y con todos los dones de las Musas, porque es preciso tratar á nuestra alma cuando llega á nuestro cuerpo como á un extranjero celestial á quien se recibe con perfumes y coronas. Pero temamos, oh hija de Epicaris, la exageracion que destruye el buen sentido; supliquemos á Minerva nos conceda la razon que produce en nuestro natural aquella moderacion hermana de la verdad, y sin la cual todo es mentira.»

De esta suerte, tan bellas imágenes y tan sabios consejos embelesaban é instruian á Cimodocea. Cierta sello misterioso de las Musas á cuyo culto estaba consagrada, brillaba en su semblante, en su voz y en su corazón. Cuando bajaba sus largos párpados, cuya sombra se diseñaba sobre la blancura de sus mejillas, hubiárase creído ver á la grave Melpómene; pero cuando levantaba sus ojos, la hubiárais tomado por la risueña Talía. Sus cabellos negros parecíanse á la flor del jacinto, y su cintura á la palmera de Delos. Cierta dia fué á larga distancia á coger el dictamo con su padre; y habiendo seguido, para descubrir esta planta preciosa, á una cierva herida por un arquero de Oecalia, dejáronse ver en la cumbre de las montañas: al punto se esparció el rumor de que Néstor y la mas jóven de sus hijas, la bella Policasta, se habian aparecido á unos cazadores en los bosques de Ira.

Acercábase la fiesta de Diana-Limnatide, y todos se preparaban á conducir la pompa acostumbrada hasta los confines de la Mesenia y de la Laconia. Esta pompa, funesto origen de las antiguas guerras de Lacedemonia y Mesenia, no atraía ya sino pacíficos espectadores. Cimodocea, escogida por los ancianos para dirigir el coro de las doncellas que debian presentar las ofrendas á la casta hermana de Apolo, se gozaba en el candor de su alegría en estos honores porque cedían en loor de su padre; y este por su parte, al oír los elogios tributados á su hija, y al tocar las coronas por ella ganadas, no aspiraba á otra gloria ni á otro honor.

Demodoco, detenido por un sacrificio que un extranjero habia ido á ofrecer á Homero, no pudo acompañar á su hija á Limnos, por lo cual esta encaminóse sola á la fiesta con su nodriza Eurimedusa, hija de Alcimedonte de Naxos. El anciano permanecia tranquilo porque el prócónsul de Acaya se hallaba á la sazón en Roma al lado de César Galerio. El templo de Diana se elevaba á la vista del golfo de Mesenia, sobre un grupo del Taigeto, en medio de un bosque de pinos, de cuyas ramas habian colgado los cazadores los despojos de las bestias montaraces. Las paredes del templo habian recibido del tiempo ese color de hojas secas que el viajero observa todavia en las ruinas de Roma y Atenas; la estatua de Diana, colocada sobre un altar en medio del templo, era la obra maestra de un afamado escultor. El artista habia representado á la hija de Latona en pie, adelantando uno y tomando con la mano derecha una flecha de la aljaba que de sus hombros pendía, mientras la cierva Cerinide, de astas de oro y piés de bronce, se cobijaba bajo el arco que la diosa tenia asido en su mano izquierda, dirigida al suelo.

Al momento en que la luna, en medio de su carrera, plateó con sus tranquilos rayos el templo, Cimodocea, al frente de sus compañeras, en número igual al de las ninfas oceánicas, entonó el himno á la virgen Blanca. Una turba de cazadores respondía á la voz de las doncellas:

«¡Formad, formad la danza ligera! ¡Doblad, conducid el coro, el coro sagrado!»

«Diana, reina de los bosques, recibe los votos que te ofrecen las vírgenes elegidas y los castos niños instruidos en los versos de la Sibila. Tu naciste ba-

jo una palmera en la flotante Delos. Para calmar los dolores de Latona, siete veces los cisnes dieron, cantando la vuelta á la isla armoniosa. En memoria de sus cantos, tu divino hermano inventó las siete cuerdas de la lira.

«¡Formad, formad la danza ligera! Doblad, conducid el coro, el coro sagrado!»

«Tu amas las márgenes de los rios, la sombra de los bosques, las selvas del Crago verdoso, del fresco Alcido y del sombrío Erimanto. ¡Diana, que empuñas el arco temible; Luna, misteriosa reina de la noche, Hecate, armada de la serpiente y del puñal, haz que la juventud ostente costumbres puras, que la senectud goce descanso, y la raza de Néstor se honre con hijos, riquezas y gloria!»

«¡Formad, formad la danza ligera! ¡Doblad, conducid el coro, el coro sagrado!»

Terminado este himno, las doncellas descendiéron de sus sienes las coronas de laurel y las colgaron en el altar de Diana con los arcos de los cazadores, siendo inmolado un ciervo blanco á la reina del silencio. La multitud se dispersó, y Cimodocea seguida de su nodriza, tomó un sendero que la conducía á la casa paterna.

Era aquella una de las noches cuyas transparentes sombras parece temen ocultar el hermoso cielo de la Grecia: no son tinieblas, sino meramente la ausencia de la luz. El aire era dulce como la leche y la miel, y al respirarlo se experimentaba un encanto indefinible. Las crestas del Taigeto, los opuestos promontorios de Colónides y de Acritas y el mar de Mesenia brillaban con la luz mas suave; una flota jónica amainaba sus velas para entrar en el puerto de Coroneo, á la manera que una bandada de palomas de paso plega sus alas para descansar en una playa hospitalaria; Alcion gemia blandamente en su nido, y el viento de la noche llevaba á Cimodocea los perfumes del dictamo y la voz lejana de Neptuno; sentado en el valle, el pastor contemplaba la luna, en medio del esplendoroso séquito de estrellas, y se recogijaba en el fondo de su corazón.

La jóven sacerdotisa de las Musas marchaba en silencio á lo largo de las montañas. Sus ojos vagaban con dulce enajenamiento por aquellas encantadas soledades donde los antiguos habian colocado la cuna de Licurgo y la de Júpiter, para enseñar que la religion y las leyes deben caminar unidas, y que reconocen un idéntico origen. Poseida de un religioso terror, cada movimiento, cada rumor pareciale un prodigio; el vago murmullo de los mares era el sordo rugido de los leones de Cibeles, bajando al bosque de Oecalia, y los extraños gemidos del remero eran los sonidos de la bocina de Diana cuando cazaba en las alturas de Turia.

Adelántase, y mil amables recuerdos reemplazando sus temores, vienen á ocupar su memoria; reproducese las antiguas tradiciones de la isla famosa en que abriera sus ojos á la luz: el Laberinto, cuyos rodeos imitaba aun la danza de las jóvenes cretenses; el ingenioso Dédalo, el imprudente Icaro, Idomeneo y su hijo, y sobre todo las dos infortunadas hermanas Fedra y Ariadna. Súbitamente advierte que ha perdido el sendero de la montaña y que su nodriza no la sigue; lanza un grito que se pierde en los aires; implora las divinidades de las selvas; á las Napeas, á las Driadas, que no responden á su voz, y cree que estas divinidades ausentes se han reunido en los valles del Ménalo, donde los arcadios les ofrecen sacrificios solemnes. Cimodocea oyó á lo lejos el rumor de las aguas y corrió desalada á ponerse bajo la proteccion de la náyade hasta la aparicion de la Aurora.

Un manantial de agua viva, rodeado de corpulentos álamos, se despeñaba á borbotones de un alto peñasco, desde cuyo vértice se veía un altar dedicado á las Ninfas, y en el cual los viajeros ofrecian vo-

tos y sacrificios. Cimodocea iba á abrazar el altar y á suplicar á la divinidad de aquel lugar calmase las amargas inquietudes de su padre, cuando vió á un jóven que dormía apoyado sobre una peña. Su cabeza inclinada hácia el pecho y ladeada al hombro izquierdo, estaba ligeramente sostenida por el asta de una lanza; su mano tendida con indolente ademán sobre esta lanza, así debilmente la correa de un perro que parecía prestar atento oído al mas leve rumor; la claridad del astro de la noche, atravesando las ramas de dos cipreses, alumbraba el rostro del cazador; en esta actitud representó un hijo de Apeles el sueño de Endimion. La hija de Demodoco creyó en efecto que aquel jóven era el amante de la reina de los bosques; una queja del céfiro le pareció un suspiro de la diosa, y tomó el rayo fugitivo de la luna en la espesura por la orla de la blanca túnica de Diana que se retiraba. Asustada y temiendo haber turbado los misterios, Cimodocea cae de rodillas y exclama:

«¡Temble hermana de Apolo, perdona á una doncella imprudente! ¡no la atraveses con tus flechas!»
«Mi padre no tiene sino una hija; y nunca mi madre, ni víctima de tus iras, sintió orgullo por haberme dado á luz.»

A esta exclamación, ladra el perro y el cazador despierta. Sorprendido al ver de rodillas á aquella jóven, levántase aceleradamente.

—¿Cómo! dice Cimodocea confusa y sin abandonar su actitud; ¿no eres el cazador Endimion?

—Y tú, replica el jóven no menos absorto, no eres un ángel?

—Un ángel! exclama la hija de Demodoco.

Entonces el extranjero lleno de turbación, añade:
—Mujer, alza del suelo; nadie debe doblar la rodilla sino ante Dios.

Después de un momento de silencio, la sacerdotisa de las Musas dice al cazador:

—Sino eres un dios oculto bajo la forma de un mortal, eres sin duda un extranjero á quien los Sátiros han estraviado como á mí en los bosques. ¿En qué puerto ha entrado tu nave? ¿Vienes de Tiro, tan célebre por la riqueza de su comercio? ¿Vienes de la encantadora Corinto, donde tus huéspedes te habrán hecho magníficos presentes?

—¿Te cuentas entre los que trafican en los mares hasta las columnas de Hércules? ¿Sigues al cruel Marte en los combates, ó eres mas bien el hijo de uno de aquellos mortales dueños en otro tiempo del cetro, y que reinaban en un país fértil y querido de los dioses?

El extranjero respondió:

—No hay sino un Dios, árbitro del universo, y yo no soy sino un hombre lleno de turbación y debilidad. Me llamo Eudoro, y soy hijo de Lastenes. Regresaba de Tálamos y encaminándome á la casa de mi padre, me sorprendió la noche y quedéme dormido á la orilla de esta fuente. Pero tú, ¿cómo estas aquí sola? ¡El cielo te conserve el pudor, el mas hermoso de los temores después del temor de Dios!

El lenguaje de aquel hombre confundía á Cimodocea, y á su aspecto experimentaba una mezcla de amor y respeto, de confianza y terror. La gravedad de sus palabras y la gracia de su persona formaban á sus ojos un contraste extraordinario. Entreveía como una nueva especie de hombres, mas noble, mas grave que la que hasta entonces había conocido. Creyendo aumentar el interés que Eudoro parecía tomar en su desgracia, le dijo:

—Yo soy hija de Homero, el de los cantos inmortales.

El extranjero se limitó á replicarle:

—Conozco un libro mas hermoso que el tuyo.

Desconcertada por el laconismo de esta respuesta, Cimodocea dijo en su interior:

—Este jóven es natural de Esparta.

Después refirió su historia. El hijo de Lastenes le dijo:

Voy á conducirte á la casa de tu padre. Y precediéndola, se puso en camino.

La hija de Demodoco le seguía, dejando percibir su agitada respiración, porque temblaba. Para tranquilizarse un tanto, intentó hablar, y aventuró algunas palabras acerca de los encantos de la Noche sagrada, esposa del Erebo y madre de las Hespérides y del Amor. Pero su guía la interrumpió diciendo:

—Yo no veo sino astros que publican la gloria del Altísimo.

Estas palabras sumieron en nueva confusión el corazón de la sacerdotisa de las Musas; no sabía ya qué juzgar de aquel desconocido, á quien al principio había tomado por un inmortal. ¿Era un impío que vagaba durante la noche por la tierra, aborrecido de los hombres y perseguido por los dioses? ¿Era un pirata que había desembarcado para robar los hijos á sus padres? Cimodocea empezaba á experimentar un vivo terror, que sin embargo no se atrevía á descubrir. Pero su asombro no conoció límites cuando vió á su guía inclinarse ante un esclavo abandonado que hallaron en la orilla de un camino, llamarle su hermano y darle su capa para cubrir su desnudez. «¡Extranjero! preguntó la hija de Demodoco, ¿has creído sin duda que este esclavo era algún dios oculto bajo la forma de un mendigo, para poner á prueba el corazón de los mortales?»

—No, respondió Eudoro, he creído que era un hombre.

Un viento fresco se levantó hácia el Oriente, y la Aurora no tardó en mostrarse. Pero después, saliendo de las montañas de la Laconia, libre de nubes y en una sencillez magnífica, rápido el sol y resplandeciente se elevó en los cielos. En aquel mismo instante, Eurimedusa saliendo de un bosque inmediato, se precipitó hácia Cimodocea con los brazos abiertos.

—¡Oh, hija mia! exclamó, qué dolor me has causado! he hecho resonar el aire con mis suspiros, pues he creído que Pan te había robado. Este dios peligroso vaga siempre por los bosques; y cuando ha bailado con el viejo Sileno, nada puede igualar su osadía. ¿Cómo hubiera podido presentarme sin tí á mi querido amo? ¡Ay! me hallaba aun en mi primera juventud, cuando solazándome en la playa de Naxos, mi patria, me ví repentinamente arrebatada por una banda de esos hombres que recorren el imperio de Tetis á mano armada y que recogen un rico botín. Me vendieron en un puerto de Creta, que dista de Gortines todo el espacio que un hombre, caminando aceleradamente, puede recorrer entre la tercera vigilia y el medio día. Tu padre, que había ido á Lébena á cambiar los trigos de Teodosia por los tapices de Mileto, me compró á los piratas, dando en precio dos toros que aun no habían abierto los surcos de Ceres; y aquella noche, habiendo reconocido mi fidelidad, me colocó á las puertas de su aposento nupcial. Cuando las cruces Iliáticas cerraron los ojos de Epicaris, Demodoco te puso en mis brazos para que te sirviese de madre. ¡Cuántos trabajos me has causado en tu niñez! Pasaba las noches al pié de tu cuna, y te mecía sobre mis rodillas; no querías tomar el alimento sino de mi mano, y cuando me separaba de tí un instante, prorrumpías en lastimeros gritos.»

Pronunciando estas palabras, Eurimedusa estrechaba á Cimodocea en sus brazos y sus lágrimas regaban la tierra. Cimodocea enternecida por las caricias de su nodriza, abrazábala también llorando y decía:

«¡Madre mia! este es Eudoro, el hijo de Lastenes.»

El jóven, apoyado en su lanza, miraba esta escena con tranquila sonrisa; la natural seriedad de su sem-

blante había cedido á una dulce expresión de ternura.

Pero recobrando de repente su gravedad:

—Hija de Demodoco, dice, he aquí á tu nodriza; la casa de tu padre no está lejos. ¡Dios se apiade de tu alma!

Y sin esperar la respuesta de Cimodocea, se aleja veloz como un águila. La sacerdotisa de las Musas, instruida en el arte de los augures, no dudó que el cazador era uno de los inmortales; y desvió la cabeza temiendo ver al dios y morir. Apresuróse luego á subir el monte Itomo, y pasando las fuentes de Arsinoe y Clepsidra, llamó en el templo de Homero. El anciano pontífice había vagado toda la noche por los bosques, y enviado algunos esclavos á Leuctres, á Ferres y á Limnes, pues la ausencia del procónsul de Acaya no bastaba ya á tranquilizar la ternura paternal. Demodoco temía las violencias de Hierocles, aunque este impío se hallaba en Roma, y solo entreveía calamidades para su adorada Cimodocea. Cuando esta llegó con su nodriza, el desgraciado padre estaba sentado en tierra cerca del hogar; y cubierta la cabeza con su manto, regaba las cenizas con sus lágrimas. A la aparición repentina de su hija, estuvo próximo á espirar de alegría. Cimodocea se lanzó á sus brazos, y por espacio de algunos momentos solo se oyeron sollozos entrecortados; tales son los gritos con que resuena el nido de los pajarillos, cuando la madre trae el alimento á sus hijuelos.

—¡Oh hija mia! exclamó Demodoco; ¿que dios te ha devuelto á tu padre? ¿Cómo pude dejarte ir sola al templo? temo á nuestros enemigos, temo á los satélites de Hierocles, que desprecia los dioses y se burla de las lágrimas de los padres. Empero yo hubiera atravesado el mar; hubiera ido á arrojarme á las plantas de César, y le hubiera dicho: «¡Devuélveme á mi Cimodocea, ó arráncame la vida!» Hubiérase visto á tu padre contar su dolor al sol y buscarte por toda la tierra como Ceres cuando reclamaba á su hija, robada por Pluton. El destino del anciano que muere sin hijos es digno de compasión. Todos huyen de su cuerpo, objeto del escarnio de la juventud: «¡Este viejo, se dice, era un impío cuya raza han esterminado los dioses; no ha dejado hijos que le den sepultura!»

Entonces Cimodocea, acariciando á su anciano padre, y pasando sus hermosas manos por la nevada barba, le dice:

—Padre mio, cantor divino de los inmortales, nos hemos estraviado en los bosques, y un jóven, ó por mejor decir, un dios, nos ha conducido aquí.

Al oír estas palabras, Demodoco se levantó con viveza y alejando á su hija de su seno, le dice:

—¿Cómo! un extranjero te ha devuelto á tu padre, y no le has presentado en nuestros hogares, tú, sacerdotisa de las Musas é hija de Homero! ¿Qué hubiera sido de tu divino abuelo, sino se hubiesen cumplido con mas celo para con él los deberes de la hospitalidad? ¿Qué se dirá en toda la Grecia? ¿Demodoco el Homérico ha cerrado su puerta á un suplicante! ¡Ah! ¡no espermentaría mas mortal augura, aun cuando el mundo dejase de llamarme el padre de Cimodocea!

Viendo Eurimedusa el enojo de Demodoco, y queriendo escusar á Cimodocea:

«Demodoco, dice, mi querido amo, guardate de condenar á tu hija. Yo te hablaré con toda la sinceridad de mi corazón. Si no hemos invitado al extranjero á que siguiese nuestros pasos, es porque era jóven y hermoso como un inmortal, y hemos temido las sospechas que brotan con demasiada frecuencia en los corazones de los hijos de la tierra.»

—Eurimedusa, replicó Demodoco, ¡qué palabras han salido de tus labios! hasta aquí no habías parecido falta de razón; pero veo que un dios ha trastor-

nado tu mente. Sabe que yo no abro mi corazón á las desconfianzas injustas, y que nada me es tan odioso como el hombre que sospecha siempre del corazón del hombre.»

Cimodocea concibió entonces el propósito de aplacar á Demodoco.

—Pontífice sagrado, le dice, te suplico calmes los arrebatos de la cólera, porque la cólera, como el hambre, es madre de los malos consejos. Podemos todavía reparar mi falta. El jóven me ha dicho su nombre. Tu conocerás acaso su antigua raza: llámase Eudoro y es hijo de Lastenes.

La dulce persuasión llevó estas discretas palabras al fondo del corazón de Demodoco, que abrazando tiernamente á Cimodocea:

—Hija mia, le dijo, no en vano he cuidado de instruir tu juventud; no hay una doncella de tu edad á quien no escedas en la solidez de tu entendimiento; y solo las gracias son mas hábiles que tú en bordar velos. Mas ¿quién pudiera igualar á las Gracias, sobre todo á la mas jóven, á la divina Pasitea! Dices bien, hija mia, conozco á la antigua estirpe de Eudoro, hijo de Lastenes. A nadie me juzgo inferior en la ciencia de la genealogía de los dioses y de los hombres; ni aun en otro tiempo hubiera sido vencido sino por Orfeo, Lino, Homero ó el anciano de Ascrea, porque los hombres de los pasados tiempos eran muy superiores á los de los presentes días. Lastenes es uno de los principales habitantes de la Arcadia; desciende de la sangre de los dioses y de los héroes porque toma su origen del río Alfeo, y cuenta entre sus antepasados al gran Filopemen y á Polibio, amado de Caliope, hijo de Saturno y de Astrea. Triunfó personalmente en los juegos sangrientos del dios de la guerra; es amado de nuestros príncipes, y ha sido investido con los mas elevados puestos del estado y del ejército. Mañana, cuando Dicé, Irene y Eunomia, amables Horas, abran las puertas del día, subiremos á un carro é iremos á ofrecer presentes á Eudoro, cuya sabiduría y valor preconiza la fama.

Dichas estas palabras, Demodoco, seguido de su hija y de Eurimedusa, entró en el templo, donde brillaban el ambar, el bronce y las conchas de tortuga. Un esclavo que sostiene un jaro de oro y una palanquilla de plata, derrama un agua pura sobre las manos del sacerdote de Homero. Demodoco toma una copa, la purifica en la llama, mezcla en ella agua y vino, y vierte en el suelo la libación sagrada, para aplacar á los dioses Lares. Cimodocea se retira á su aposento; y después de gozar de las delicias del baño, se reclina sobre ricos tapices de Lidia, cubiertos con el delicado lino de Egipto; pero no pudo disfrutar de los dones del sueño y en vano suplicó á la Noche, estendiese sobre ella la dulzura de sus sombras.

Apenas la Aurora había sonrosado el Oriente, cuando se hizo oír la voz de Demodoco, que llamaba á sus inteligentes esclavos. Al punto Evemon, hijo de Boetoo, abre el lugar que encerraba el aparato de los carros, y adapta al eje las ruedas sonoras de ocho rayos robustecidos con llantas de bronce; cuelga un carro adornado de marfil sobre flexibles correas; agrega al carro la lanza y á su estrechidad coloca el resonante yugo. Hestioneo de Epiro, hábil domador de corceles, trae dos vigorosas mulas de deslumbradora blancura, las sujeta al yugo, y acaba de cubrirlas con sus arneses en que brillaba el oro. Eurimedusa, llena de días y de experiencia, trae el pan y el vino que constituyen la fuerza del hombre, y coloca tambien en el carro el presente destinado al hijo de Lastenes: era una copa de bronce de doble fondo, obra maravillosa en que Vulcano había grabado el nombre de Hércules librando á Alcesta, en premio de la hospitalidad que había recibido de su esposo. Ajax, había dado esta copa á Tichio de Hile, célebre armero, en cambio del escudo cubierto de siete pieles de toro

que el hijo de Telamon llevaba al sitio de Troya. Un descendiente de Tichio acogió en su casa al cantor de Ilión, y le regaló la soberbia copa. Habiendo Homero partido á la isla de Samos, fue admitido en los hogares de Creófilo, y le dejó al morir su copa y sus poemas. Andando el tiempo, buscando el rey Licurgo de Esparta la sabiduría en todas partes, visitó á los hijos de Creófilo, los que le ofrecieron con la copa de Homero los versos que Apolo había dictado á este poeta inmortal. A la muerte de Licurgo, el mundo heredó los cantos de Homero, pero la copa fue devuelta á los Homéridas: de esta manera llegó á Demodoco, último vástago de esta raza sagrada, y que hoy la destina al hijo de Lastenes.

Entretanto, Cimodocea, encerrada en un casto asilo, deja caer á sus piés su traje de noche, obra misteriosa del pudor, y adórnase con una túnica parecida al lirio que las Gracias honestas prenden por sí mismas en derredor de su seno. Cruza sobre sus desnudos piés unas ligeras cintas y agrupa sobre su cabeza con una aguja de oro las perfumadas trenzas de sus cabellos. Su nodriza le presenta el blanco velo de las Musas, que resplandecía como el sol y que estaba guardado debajo de todos los demás en un embalsamado cofrecillo. Cimodocea cubre su cabeza con este virginal tejido, y sale á reunirse á su padre. En aquel mismo instante, el anciano se adelantaba vestido de una larga túnica, sostenida por un ceñidor adornado de franjas de púrpura, del valor de una hecatombe. Ostentaba en sus sienes una corona de papiro y en la mano el ramo sagrado de Apolo. Sube al carro, y Cimodocea se sienta á sus piés. Evemon empuña las riendas y azota con el látigo crugidor el costado de las mulas sin mancha. Las mulas se lanzan á la carrera, y veloces las ruedas trazan apenas en el polvo la huella que un ligero bajel imprime al huir sobre los mares.

«¡Oh hija mía! dice el piadoso Demodoco, mientras el carro vuela, ¡librenos el cielo de faltar al reconocimiento! Las puertas de los infiernos son menos odiosas á Júpiter que los ingratos; estos miserable arrastran una existencia breve y están siempre entregados á una furia; pero una favorable divinidad se mantiene incesantemente al lado de los que no pierden la memoria de los beneficios; los dioses quisieron nacer entre los egipcios, porque son los mas agradecidos de los hombres.»

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO. Llegada de Demodoco y Cimodocea á Arcadia. Encuentran á un anciano en el sepulcro de Aglao de Psphis. Este anciano conduce á Demodoco al campo en que la familia de Lastenes hace la siega. Cimodocea reconoce á Eudoro. Demodoco descubre que la familia de Lastenes es cristiana. Vuelven á la casa de Lastenes. Costumbres cristianas. Oración de la noche. Llegada de Cirilo, confesor y mártir, obispo de Lacedemonia. Este ruega á Eudoro le refiera sus aventuras. Cena. La familia y los extranjeros van á sentarse despues de la cena al jardín, en la márgen del Alfeo. Demodoco invita á Cimodocea á que cante acompañándose con la lira. Canto de Cimodocea. Eudoro canta á su vez. Las dos familias se retiran á descansar. Sueño de Cirilo. Oración del santo obispo.

MIENTRAS el sol se remontó en los cielos, las mulas impelieron el carro con rápida carrera. A la hora en que el fatigado juez abandona con alegría su tribunal, para ir á tomar su alimento, el sacerdote de Homero llegó á los confines de Arcadia, y fue á descansar á Figalea, célebre por la abnegación de los orestasianos. Aquel noble Anceo, descendiente de Agapeor, que mandaba á los arcadios en el sitio de Troya, dió hospitalidad á Demodoco. Los hijos de

Anceo quitan el yugo á las mulas humeantes, lavan sus costados cubiertos de polvo en un agua cristalina, y les ponen delante una yerba tierna cortada en las orillas del Neda. Cimodocea es conducida al baño por algunas jóvenes frías que han perdido su dulce libertad; el huésped de Demodoco cubre á este con una fina túnica y un manto precioso; el príncipe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo, coronado con un ramo de álamo blanco, inmola á Hércules un javalí alimentado en los bosques de Erimanto; las partes de la víctima destinadas á la ofrenda son cubiertas de grasa y consumidas con libaciones sobre las ascuas. Un largo hierro de cinco dientes, presenta á la llama estrepitosa el resto de los manjares sagrados, y el suculento lomo de la víctima, con los trozos mas delicados, son servidos á los viajeros. Demodoco recibe una parte tres veces mayor que la de los demás convidados. Un vino oloroso encerrado durante diez años, corre en olas purpúreas en una copa de oro; y los dones de Ceres, que Triptolemo hizo conocer al piadoso Arcas, reemplazan la rústica bellota con que en otro tiempo se alimentaban los pelagosos, primeros habitantes de la Arcadia.

No obstante, Demodoco no puede gozar con alegría los honores de la hospitalidad, porque arde en deseos de llegar á casa de Lastenes. Ya la noche cubria los caminos con sus sombras; sepárase la lengua de la víctima, y hácese las postreras libaciones á la madre de los Sueños; luego el sacerdote de Homero y la sacerdotisa de las Musas son conducidos á un pórtico sonoro, donde algunos esclavos habían preparado blandos vellones de oveja.

Demodoco espera impaciente la luz del nuevo día. «¡Hija mía, decía á Cimodocea, á la que un poder desconocido privaba también del sueño! ¡desgraciados de aquellos á quienes la piedad ó un vivo reconocimiento no arrancó jamás al poder de Morfeo! ¡No es permitido entrar en los templos de los dioses por medio del hierro; no se penetrará en el Eliseo con un corazón de metal!»

No bien la Aurora iluminó con sus primeros rayos el altar de Júpiter que corona el monte Liceo, Demodoco mandó uncir las mulas á su carro. En vano el generoso Anceo intenta detener á su huésped pues el sacerdote de Homero parte con su hija. El carro sale con estrépito de los pórticos, y se dirige con rapidez hácia el templo de Eurinoma, oculto en un bosque de cipreses, y salvando el monte Elayo, pasa á la gruta en que Pan volvió á encontrar á Ceres, que rehusaba sus beneficios á los labradores, y que no obstante se dejó ablandar por las Parcas, tan solo una vez favorables á los mortales.

Los viajeros atraviesan el Alfeo mas arriba de la confluencia de Gortinio, y bajan hasta las transparentes aguas del Ladonte. Aquí se ofrece á su vista un antiguo sepulcro, rodeado de olmos por las Ninfas de las montañas: el sepulcro de aquel arcadio pobre y virtuoso, Aglao de Psphis, á quien el oráculo de Delfos declaró mas feliz que el rey de Lidia. De este sepulcro partian dos caminos: dilatábase el uno á lo largo del Alfeo, y el otro seguía el declive de la montaña.

Mientras Evemon dudaba si seguiria este ó aquel camino, descubrió á un hombre ya de edad provecita sentado cerca del sepulcro de Aglao. La túnica con que este hombre estaba vestido, diferenciábase únicamente de la de los filósofos griegos en que era de un tejido blanco comun; parecia esperar en aquel lugar á los viajeros, pero no revelaba curiosidad ni impaciencia.

Al ver detenerse el carro, se levantó y dirigiéndose á Demodoco:

—Viajero, dijo, ¿preguntas tu camino, ó vas á visitar á Lastenes? Si quieres descansar en su casa, recibirá en ello una gran alegría.

—Extranjero, replicó Demodoco, Mercurio no salió mas oportunamente al encuentro de Priamo, cuando el padre de Hector marchaba al campo de los griegos. Tu traje anuncia un sabio, y tus palabras son breves pero llenas de sentido. Voy á decirte la verdad: buscamos al opulento Lastenes, á quien su gran riqueza hace pasar por un hombre muy feliz; ¿Habita acaso ese palacio que descubrió á orillas del Ladonte, y que pudiera tomarle por el templo del dios de Cilene?

—Ese palacio, contestó el desconocido, pertenece á Hierocles, prócónsul de Acaya. Habéis llegado á la cerca de las posesiones del huésped á quien buscáis, y el techo de pajas que entreveís en la cúspide de la montaña es la habitación de Lastenes.

Dichas estas palabras, el extranjero abrió unas tapias, tomó sus mulas por el freno, é hizo entrar el carro en el cercado.

—Señor, dijo entonces á Demodoco, hoy se hace la siega; si tu criado quiere conducir tus mulas á la habitación inmediata, te mostraré el campo en que hallareis á la familia de Lastenes.

Demodoco y Cimodocea se apearon y siguieron al extranjero. Largo rato caminaron por un sendero practicado en medio de las viñas, sobre un terreno desigual en que descollaban esparcidas al azar algunas layas de estraordinaria corpulencia. En breve divisaron un campo erizado de haces y cubierto de hombres y mujeres que se apresuraban, aquellos á cargar los carros y estas á segar y atar las espigas. Al llegar al medio de los segadores, el desconocido exclamó:

—El Señor sea con vosotros!

Y los segadores respondieron:

—¡Dios te dé su bendición!

Y hacian oír durante su trabajo, un cántico de grave entonación. Seguíales muchas espigadoras que recogian las numerosas espigas que deliberadamente dejaban caer á su paso, porque su amo se lo había mandado así, para que aquellas pobres mujeres pudiesen recoger sin vergüenza un poco de trigo. Cimodocea reconoció desde lejos al hombre del bosque, sentado con su madre y hermanas sobre unos haces, y á la sombra de un androché. La familia se levantó y salió al encuentro de los extranjeros.

—Séfora, dijo el guía de Demodoco, mi querida esposa, demos gracias á la Providencia que nos envia viajeros.

—¿Cómo! exclamó el padre de Cimodocea; ¿este era el rico Lastenes, y no le he reconocido! ¡Ah! ¿cómo se burlan los dioses de los juicios de los hombres! Te he creído el esclavo encargado por su señor para cumplir los deberes de la hospitalidad.

Lastenes se inclinó.

Eudoro, con la vista fija en el suelo, y dando la mano á la mas joven de sus hermanas, permanecia en respetuoso ademan detrás de su madre.

—Huésped mio, dijo Demodoco, y tú sabia esposa de Lastenes, semejante á la madre de Telémaco; vuestro hijo habrá dicho sin duda lo que ha hecho por mi hija, á quien los Faunos habían extraviado en los bosques. Mostradme al noble Eudoro, para que yo le abrace como á hijo mio.

—He allí á Eudoro detrás de su madre, respondió Lastenes. Ignoro lo que ha hecho por tu hija, pues nada nos ha dicho sobre el particular.

Demodoco quedó atónito.

—¿Cómo! se decía interiormente, ¿este simple pastor es el guerrero que venció á Carrausio, el tribuno de la legion británica, el amigo del príncipe Constantino!

Repuesto al fin de su primera sorpresa, el sacerdote de Homero dijo:

—Yo hubiera debido reconocer á Eudoro en su estatura de héroe; menos aventajada sin embargo que la de Lastenes, porque los hijos no tienen ya la

fuerza de sus padres. ¡Oh tú, que podrias ser el mas joven de mis hijos, concédante los dioses lo que deseas! Te traigo una copa de inestimable valor; mi esclavo la tomará de mi carro, y tu la recibirás de mis manos. ¡Jóven y valiente guerrero! Meleagro era menos apuesto que tu cuando cautivó los ojos de Atlanta. ¡Dichoso tu padre, dichosa tu madre, pero mucho mas dichosa todavía la que debe compartir tu lecho! Si la virgen que ha sido hallada, no estuviese consagrada á las castas Musas...

Los dos jóvenes se sintieron comovidos al pronunciar Demodoco estas palabras.

—Aceptaré gustoso el presente que me haces, dijo Eudoro, sino ha servido á tus sacrificios.

Antes de espirar el día, la familia invitó á los dos extranjeros á descansar con ella en la márgen de una fuente. Las hermanas de Eudoro, sentadas al pié de sus padres, tejian coronas de flores encarnadas y azules, para una fiesta inmediata. Un poco mas lejos se veian las urnas y las copas de los segadores; y á la sombra de algunos haces en pié, un niño dormia dulcemente en su cuna.

—Huésped mio, dijo Demodoco á Lastenes, me parece que imitas aquí la vida del divino Nestor. No recuerdo haber visto la pintura de una escena igual á no ser en el escudo de Aquiles. Vulcano habia grabado en él un rey en medio de los segadores. Este pastor de los pueblos, en cuyo rostro brillaba la satisfacción, levantaba en silencio su cetro en medio de los surcos. No falta aquí sino el sacrificio del toro, debajo de la encina de Júpiter. ¡Cuán abundante cosecha! ¡Cuántos fieles y laboriosos esclavos!

—Estos segadores no son ya mis esclavos, replicó Lastenes, pues mi religion me prohíbe tenerlos, les he dado libertad.

—Lastenes, dijo entonces Demodoco empiezo á comprender que la fama, esa voz de Júpiter, me habia dicho la verdad: tu habrás sin duda abrazado esa secta nueva que adora á un Dios desconocido á nuestros antepasados.

Lastenes respondió:

—Soy cristiano.

El descendiente de Homero quedó suspenso largo rato; luego tomando de nuevo la palabra:

—Huésped mio, dijo, perdona mi franqueza; he obedecido siempre á la verdad, hija de Saturno y madre de la virtud. Los dioses son justos: ¿cómo puedes conciliar la prosperidad que te rodea con las impiedades de que se acusa á los cristianos?

Lastenes replicó:

—¡Viajero! los cristianos no son impíos, y vuestros dioses no son justos ni injustos, porque no existen. Si mis campos y rebaños prosperan en manos de mi familia, esto consiste en que es sencilla de corazón y está sumisa á la voluntad de aquel que es el solo y verdadero Dios. El cielo me ha dado la casta esposa que me ves; no le he pedido sino una constante amistad, la humildad y la castidad propias de una mujer. Dios ha bendecido mis intenciones, y me ha dado hijos sumisos que son la corona de los viejos. Aman á sus padres, y son felices porque viven bajo el techo paterno. Mi esposa y yo hemos envejecido juntos; y aunque mis dias no han sido siempre risueños, ha dormido treinta años á mi lado, sin revelar los cuidados de mi lecho y las tribulaciones ocultas en mi corazón. Concédale Dios siete veces la paz de que me ha rodeado! ¡Nunca será tan dichosa cuanto yo deseo!

De esta suerte, el corazón de aquel cristiano de los antiguos dias se dilataba al hablar de su esposa. Cimodocea le escuchaba con amor; la hermosura de aquellas costumbres penetraba el alma de esta joven infiel; y el mismo Demodoco necesitaba acordarse de Homero y de todos sus dioses, para no ser arrastrado por la fuerza de la verdad.